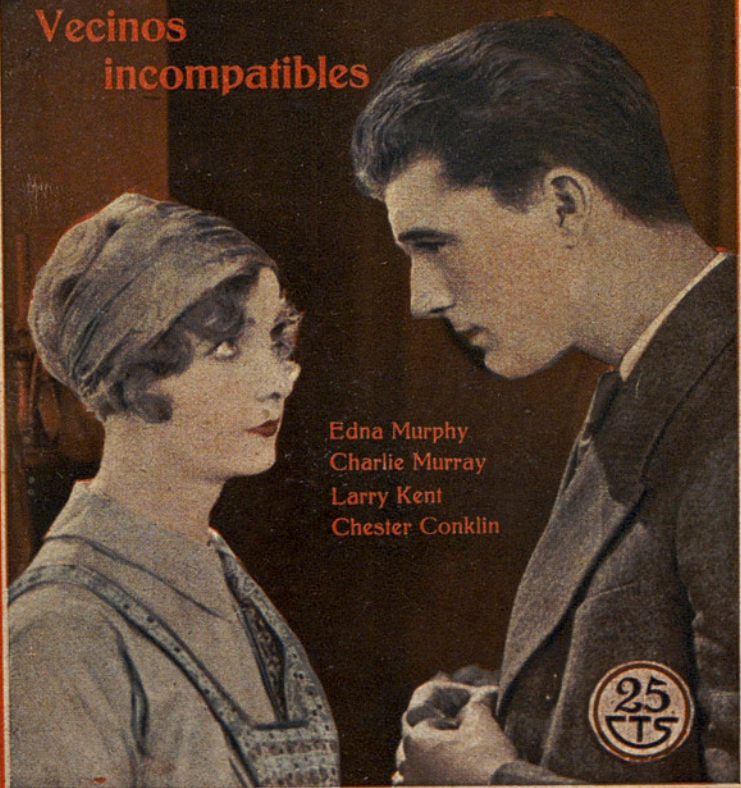




**Vecinos
incompatibles**



Edna Murphy
Charlie Murray
Larry Kent
Chester Conklin



La Novela Metro-Goldwyn

*Publicación semanal de argumentos
de películas de*

Núm.

METRO-GOLDWYN-MAYER

25

24

:: y FIRST NATIONAL ::

Cénts.

Ediciones BISTAGNE.-Paseo de la Paz, 10 bis.-Barcelona

Vecinos incompatibles

*Sentimental y amena producción, interpretada por
CHESTER CONKLIN, CHARLIE MURRAY,
EDNA MURPHY, LARRY KENT, etc.*

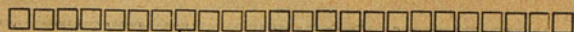
Producción FIRST NATIONAL PICTURES

EXCLUSIVA DE

Metro-Goldwyn Corporation

Mallorca, 220.—BARCELONA

J. Horta, impresor. - Cortes, 719, Barcelona



Vecinos incompatibles

Argumento de la película

Cuando un irlandés y un escocés se encuentran en país extraño, es probable que no se entiendan. Esto era lo que sucedía en cierta barriada de Nueva York a dos vecinos perfectamente incompatibles.

El uno era Dan Mac Fadden, contratista irlandés, que sabía contagiar a las obras su propia solidez. Sólo que a veces las paredes se venían abajo. El otro, Jack Mac Tavish, barbero escocés, era tan económico que evitaba que le dieran bromas para no tener que gas-tarlas.

Dan Mac Fadden tenía una hija, llamada Mary, una bella muchacha que era el orgullo de sus padres. El barbero era viudo con un hijo, Sandy, un estudioso joven que trabajaba en el comercio y se había enamorado de la vecinita.

Los dos muchachos se querían sin habérselo dicho nunca; eran tan tímidos que no se atrevían a manifestar sus sentimientos. Pero lo que no decían en lengua hablada, lo expresaban suficientemente sus ojos, su tur-



Sandy, un estudioso joven...

bación, el dulce silencio que es el lenguaje más puro del amor.

Mac Fadden y Jack Mac Tavish a pesar de las frecuentes disputas que sostenían y que habían llegado a agriarse algunas veces, eran buenos amigos en el fondo.

Muchas tardes Mary y Sandy salían jun-

tos. Iban de compras o simplemente a pasear. Y en estas entrevistas breves el amor iba tejiendo sus ensueños.

La frecuencia de las disputas vecinales no obstaba para que Dan Mc Fadden fuese a afeitarse y a cortarse el pelo a la peluquería del escocés.

—Algún día te voy a cortar el pelo completamente gratis — le decía a veces Jack.

—Hace años que estás diciendo lo mismo y lo único que das gratis son los buenos días.

—Correspondo con tu modestia. Tú tampoco me darías nada...

—¡No te lo mereces!

—Ni yo lo aceptaría. Para que me dieras un vaso de agua en tu casa, tendría que desmayarme.

Y los altercados eran frecuentes y, más de una vez temió Dan haber ido demasiado lejos en sus insultos. ¿No tenía el peluquero la navaja en las manos? Pues bastaba tan sólo un ligero movimiento para rebanar la cabeza...

Cierta día, Dan fué a cortarse el pelo. Tuvo que esperar largo rato, pues Jack iba sirviendo a otros clientes sin acordarse del vecino que aguardaba.

—¡No te olvides... después me toca a mí! — le gritaba.

—¡Ten calma que todo se arreglará!

Y tuvo que esperar a que el señor peluquero arreglase algunas cabezas, friccionándolas

para que saliera el cabello, pues él tenía un preparado capaz de "sacarle pelo a una bola de billar"...

Por fin le llegó el turno a Dan, quien, sentándose en el sillón, le dijo:

—Un corte de pelo sin muchas fantasías...

—Perfectamente...

Y hablando, hablando, sin querer, cortóle de modo excesivo el cabello, abriendo un verdadero camino hacia la coronilla.

—¿Pero qué es eso, estúpido? ¡Adiós mi pelo! Me has hecho una carretera en la cabeza...

—Eso no es nada, estás más guapo aún...

—¡Insolente! Pero la culpa la tengo yo por haberme confiado a un escocés.

—Tú en la vida te has confiado ni a ti mismo...

—Antes me trago una docena de ladrillos que volver a entrar en esta casa-barraca.

Y Dan marchó furioso, dispuesto a no poner de nuevo los pies en aquel antipático lugar.

Dan se estaba construyendo una pequeña casa, frente a la que actualmente habitaba. Era su gran ilusión ver crecer aquel edificio donde iba a vivir en lo futuro. Muchas veces hablaba con orgullo al peluquero de la nueva vivienda de su propiedad. ¿Qué le parecía?

La misma tarde en que tuvieron la última disputa, llamaron al teléfono del peluquero Jack preguntando por el contratista.

El barbero, hombre de gran corazón, armán-

dose de paciencia, fué a advertirle a su casa, olvidando la escenita de pocas horas antes.

—Eh, Dan, le llaman al teléfono.

—¿Y quién es? — preguntó el contratista con orgullo.

—El señor Jefferson del Banco Oriental.

—¡Ah, bien!...

Entró a la peluquería y se puso al aparato.

—¿Qué pasa, señor Jefferson? — preguntó.

Una voz enérgica le respondió:

—Los dos últimos pagarés han vencido hace tiempo, señor Mc Fadden. No podemos esperar más. Tiene usted que cubrir su importe inmediatamente.

Dan se puso pálido, pero disimulando su turbación, pues cerca de él estaba el peluquero, respondió dándose una importancia ridícula, y para que le oyera bien su vecino:

—Oiga usted, Jefferson, ya empiezo a estar cansado de prestar dinero. Como vuelva a suceder se va usted a quedar sin Banco.

Dejó el teléfono y dijo a su vecino:

—Sí... para que usted lo sepa. Con esa clase de gente me trato yo... banqueros, millonarios y otras hierbas.

Jack se echó a reír y contestó:

—Es preferible dejarse el cabello en manos de un barbero torpe, a que se lo tome a uno un banquero despabilado, ¿verdad?

—Cuidado con lo que se habla, señor...

Y con orgullo le volvió desdeñosamente la espalda y volvió a su hogar.

**

Cuando llegó a su casa, su rostro cambió de expresión. Ya no se mostraba arrogante y desdeñoso como ante el peluquero, sino que, comprendiendo la triste realidad de su situación, tenía un aire preocupado y grave.

—¿Qué te sucede, Dan? — le preguntó Nora, su esposa.

—Una cosa terrible. El Banco me ha retirado los préstamos y no podremos terminar nuestra casa.

—¿Es posible?

Y una lágrima asomó a los ojos de la vieja.

—Se acabaron nuestros sueños, Nora... y todo el mundo hablará del viejo Mc Fadden que se metió en camisas de once varas. ¡Querer construir una casa sin contar apenas con dinero! ¡Qué locura!

Y comenzó a llorar amargamente con una desesperación sin límites.

—No lo tomes tan a pecho — dijo la esposa —. De alguna manera se tiene que arreglar eso...

—No... no... y ¡ay! me siento muy mal... mucho... me parece que me voy a morir.

Y la impresión había sido tan enorme, tan extraordinaria, que el pobre señor Fadden tuvo que meterse en cama atormentado por terribles retortijones de vientre.

Su mujer se asustó y salió a la calle. Vió

junto a la puerta a su hija Mary y a Sandy, el hijo del barbero, que conversaban.

—Corre, llama al médico — advirtió Nora —. ¡Tu padre está enfermo!

La muchacha corrió a buscar al doctor y el joven Sandy, muy preocupado por la dolencia de su "posible" suegro, volvió a la peluquería.

—¡Padre, al señor Mc Fadden le ha pasado algo!

—¡Ojalá sea un automóvil por el pescuezo! — rugió Jack.

—¡Debe ser muy grave, porque llamaron a un médico!

—¿Y a mí qué?

Pero sintióse también preocupado por la dolencia de su vecino. ¿Qué le sucedería a Dan? Y a pesar de la ligera antipatía que los dos hombres se profesaban, el peluquero quiso interesarse por la salud de su vecino.

Rabioso contra sí mismo, por visitar al vecino, fué a casa de éste y le preguntó a Nora:

—¿Qué le pasa a Dan?

—¡Ay, Jack! ¡Está muy cabizbajo y preocupado! ¡El Banco le ha negado más dinero y tiene miedo de perder la casa!

—¿No le permitirán continuarla?

—¡No!

—¡Cuánto lo lamento!

Apareció Dan que acababa de alzarse de la cama.

—¡Cállate la boca, Nora! — gritó —. ¡Ni estando enfermo puedo tener tranquilidad!

—Pero...

—¿A quién se le ocurre contarle sus asuntos particulares a un barbero? ¡Y a un barbero tan malo!

Jack le miraba tristemente. ¡Siempre aquellas antipatías, aquellas rencillas entre los dos!

—No le haga usted caso, Jack — dijo la esposa, apurada —. No sabe lo que se dice.

—Tiene usted razón. Es su mal crónico... Y marchó de allí perseguido por los insultos de Dan.

Jack Mc Tavish anduvo preocupado durante varias horas. Extraños sentimientos se agitaban en su alma...

¡Siempre disputándose con su vecino a causa de cosas insignificantes! Les separaban pequeñas tonterías, asuntos de compadres... Algo les unía a pesar de todo. Llevaban tantos años viéndose diariamente y viviendo en el mismo barrio...

Jack tenía dinero ahorrado. ¿Por qué no realizar una obra buena y garantizar aquellos pagarés de Dan? Libraría a su vecino de un apuro enorme, quizás de la muerte... ¿Y no tendría él una satisfacción interior por haber realizado un tan gran bien?

No vaciló más. Fué a visitar al señor Jefferson y habló largamente con él.

—¿De modo que el Banco no puede adelantarle más dinero?

—Imposible. No tiene crédito.

—Entonces... yo garantizaré sus pagarés — murmuró.

—No le aconsejo que lo haga — dijo el director, sorprendido —. Es muy arriesgado.

—Con riesgo o sin riesgo no quiero que Dan pierda su casa.

—Pero... ¿se da usted cuenta de que por servir a su vecino va a exponer hasta el último centavo que tiene ahorrado?

—Para estas ocasiones son los amigos... peleados...

—Es usted un alma admirable ...

—¡No! A pesar de nuestras discordias, en el fondo, hay una gran amistad... entre Dan y yo. Pero hágame un favor... no le diga usted a Dan que salió de mí el dinero... de todos modos no lo creería.

—Nada diré... pero permítame que le felicite por su noble acción...

Y le estrechó cordialmente la mano, admirado de que aquel hombre, un humilde peluquero, sacrificara sus ahorros para salvar a un vecino regañón. Luego le hizo firmar un documento en que garantizaba los pagarés...

En aquellos momentos Dan estaba sosteniendo una verdadera batalla con su esposa, empeñada en darle aceite de ricino.

—Pero si el doctor dijo que te lo diera...

—¡Maldita la falta que me hace el aceite! ¡Ni que yo fuera una bicicleta!

—¡Esto te va a poner bueno!

Y Nora introdujo la cuchara entre sus la-

bios y Dan tuvo que beber aquel amargo líquido.

El director del banco llamó a casa de Dan comunicando que podrían continuar las obras. Una gran alegría se apoderó del matrimonio y de Mary.

—¡Todo se arregló, Dan! ¡Podrás terminar la casa!

—Podía haber llamado antes ese director. ¿De qué me sirve ahora el aceite que he tomado? Pero... menos mal que continuará prestándonos dinero. ¡Ya decía yo que era absurda su negativa!

Y se puso repentinamente bueno ante aquella alegría que iba a devolverle sus prestigios.

*
**

Reanudadas las obras, por fin quedó puesto el último ladrillo en la casa de Mc Fadden y el irlandés y el escocés hablaban hasta por los codos... pero no entre sí.

Seguían criticándose mutuamente sin que el peluquero aludiera nunca para nada a su noble generosidad. Rehuían verse y evitaban el menor encuentro, desde el día en que Jack fuera a interesarse por la salud de Dan.

Pero una mañana en ocasión de que Jack sintió la curiosidad de ver el edificio construido, el peluquero habló con Dan y Nora.

Los dos hombres iban a alejarse sin hablar, pero la esposa intervino:

—Parecéis dos chiquillos jugando al escondite. Anda, Oan, haz las paces con Jack.

Ellos, lentamente se estrecharon las manos y rubricaron su amistad con este diálogo:

—¡Bonito día si no llueve! — dijo Jack.

—Ojalá no nieve este verano — respondió Dan.

—Pues oye, Dan, de verdad tenía ganas de ver la fachada.

—¿Qué te parece? Es una delicia, ¿no? Yo sé hacer bien las cosas... Y luego dirán que no tengo crédito.

Jack sonrió. ¡Pobre orgulloso... si supiera! Pero él callaría. ¿Había mayor satisfacción que la de hacer el bien en silencio?

—Mira — le dijo —, en celebración de nuestras paces voy a darte un corte de pelo especial. ¿Quieres?

—Acepto... vamos.

Y le arregló el cabello primorosamente y por primera vez Dan se sintió satisfecho de los servicios de su amigo.

Mary y Sandy, ajenos a las luchas y tontearias paternas, seguían mostrándose su mutua predilección.

Una noche, poco antes de instalarse ya en la nueva casa, los padres de Mary hablaron de la

necesidad de que la muchacha refinara su educación en un pensionado.

Cuando Mary supo este propósito, se negó rotundamente.

—¡No, mamá, no quiero ir a ningún colegio!

—¿No te gustaría ser una señorita... ahora que vamos a tener casa propia?

—Estoy bien como soy.

—¡Pues quieras que no, serás una señorita, caramba!

—¡No, no, no! Le hablaré a papá, para que no me mande al pensionado.

—Tu padre hace lo que yo digo, jovencita. ¡Y yo digo que vas!

Llegó Dan, que sentía por su hija una gran debilidad, y Nora le gritó:

—Mary se niega a ir al internado. ¡Háblale tú!

La muchacha se abrazó a él, llorando. No quería que la separasen de ellos.

—Mujer, si ella no quiere — explicó Dan.

—Impón tu voluntad — rugió la esposa —. ¡Por algo eres el dueño de la casa!

—¿Desde cuándo soy yo el dueño de la casa? — dijo Dan, acostumbrado a que su mujer hiciera siempre lo que se le antojaba.

—Hazlo... o si no...

—Mary — suplicó entonces el padre —, tu madre quiere que vayas a la escuela... ¡y no me contradigas!

Finalmente, Mary accedió ante las súplicas

insistentes. Con verdadero dolor se separaría de sus padres... y de Sandy.

La muchacha corrió a comunicar la noticia a su amigo.

—Mis padres quieren mandarme a un pen-



—*¡Por algo eres el dueño de la casa!*

sionado, Sandy. ¿No es muy triste que tenga que ir allá?

El joven, que era estudioso y deseaba también para Mary una gran cultura, respondió:

—Lo hacen por tu bien, Mary, piensa lo que significa para ti...

—¿Y tú me aconsejas que me marche?

—¿Por qué no? Vas a adquirir los hábitos de la buena sociedad y esto te ha de servir mucho en la vida... Por supuesto te echaré de menos, pero sabré esperar...

Los dos amiguitos se estrecharon las manos cordialmente. Sí, Mary volvería hecha una verdadera señorita como aquellas que iban en gran automóvil... y luego, se casaría con Sandy, para dar envidia a los que negaban la humana felicidad.

Y Mary se marchó...



Transcurrieron los meses. Mary escribía a su casa diciendo que hacía en el internado grandes progresos en griego, y Dan se preguntaba si la iban a entender cuando volviera.

Comenzaba a preocuparle la educación de su hija. ¿No sería demasiado... intensa para una gente sencilla como ellos?

Sandy había ido a casa de Dan a pedir noticias de la ausente y no le pareció tampoco muy satisfactoria la carta que Nora le leía:

...ya os hablé de mi compañera Luisa Hol-
doran. El hermano de Luisa, Rosendo, vino
a buscarnos para llevarnos a su casa de cam-
po. Pasamos unos días deliciosos de vacacio-
nes. Ahora hemos vuelto al colegio... No me
esperéis de vuelta demasiado pronto. Muchos
besos para ti y papá de

Mary.

P. S. Recuerdos a Sandy.

El joven enamorado regresó melancólico
a su hogar, temiendo que la nueva vida de
colegio separara a Mary de él. El era un
muchacho humilde... y, por lo visto, Mary se
trataba con gente de importancia. ¿No le en-
contraría a su regreso poca cosa?

Algunos días más tarde los Dan Mac Fadden
se trasladaron ya a la nueva casa de su
propiedad, completamente terminada.

Una semana después, el día de la Fiesta del
Trabajo, debía celebrarse una importante ma-
nifestación por las calles.

Dan, que era antiguo miembro y abanderado
de una sociedad de trabajadores, se dispuso
asistir a la populosa manifestación. ¡No esta-
ba poco orgulloso con su bandera!

Y fué precisamente aquel día cuando llegó
Mary a pasar unas vacaciones en su hogar.
Su padre marchaba en aquel momento. Li-
mitóse a abrazarla tiernamente. Ya hablarían
después, a la vuelta. Y se fué...

Después de besar a su madre, la mucha-
cha se preparó para salir.

—Pero... Si acabas de llegar, hija mía...
¿A qué vienen estas prisas? — le dijo Nora—.
¿Adónde vas?



Sandy había ido a casa de Dan...

—Tengo mucho que hacer, mamá. Los Ha-
lloran me han invitado a comer, y Luisa quie-
re que esté con ella.

—¿Por qué no les dijiste que vinieran
aquí? Para eso tenemos esta casa tan bonita...
para que invites a tus amigos.

—Otra vez será, mamá — dijo, muy seria. Y partió, juvenil y graciosa, hacia la casa de su compañera.

Los Halloran eran gente muy rica, casi millonaria. Mary se sentía dichosa de cultivar aquella amistad y al propio tiempo le daba cierta vergüenza que supiesen que ella era hija de un simple contratista de obras. ¡Eran de prosapia tan ilustre todas las colegialas!

Dió la coincidencia de que la manifestación obrera pasó por la calle donde habitaban los Halloran.

Mary se hallaba en el balcón en compañía de Luisa, Rosendo y otros jóvenes. Rosendo parecía sentir por la compañera de su hermana un gran interés.

Aclamado por la multitud avanzaba por las avenidas el ejército más numeroso de la tierra: las legiones del trabajo.

Jack y Tavish formaban parte de la misma sociedad. Iban juntos. Dan agitaba orgulloso una bandera.

De pronto ocurrió algo terrible.

La comitiva se detuvo. Mary vio a su padre precisamente ante el balcón donde ella estaba. La muchacha se avergonzó... ¿Qué iban a decir sus amistades? ¡Su padre, un trabajador vulgar, un contratista de obras!

Emocionado, Dan se dió cuenta de la presencia de su hija y sonrió, contento y ufano de que ella le viera en la manifestación. De buena gana hubiera trepado por el balcón para darle un beso.

Picarescamente le guiñó un ojo y la llamó. ¿Qué le parecía su padre? Estaba arrogante, ¿verdad?

—¡Vaya un tipo! — comentó Rosendo —. Un viejo con cara de mono que lleva un cuello dorado. Y lo peor es que creo te está guiñando un ojo, Mary.

—¿A mí?

Y no queriendo confesar que era la hija de un trabajador, cuando su padre la saludó con la mano, ella le miró ofendida y abandonó el balcón...

Dan sintió aquel insulto. ¿Por qué su hija le había negado? ¿Por qué no contestó a su saludo?

Y furioso, al reanudar la marcha, deseó que acabara la manifestación, para regresar a su casa.

Cuando llegó a su casa su hija aun no había regresado.

—¡No ha querido saludarme, mala hija! — gritaba el contratista —. ¡Y por esto le hemos pagado sus estudios!

—Te habrás equivocado, Dan. Mary es incapaz de hacer una cosa así...

A media tarde llegó la muchacha. Dan la miró furioso, indignado. ¡Aquel desprecio lo tenía clavado en el corazón!

—¿Por qué te fuiste del balcón cuando yo pasé? Explicame eso si puedes.

—Papá, no quise ofenderte — murmuró ella —. Estaba en un apuro que tú no podías comprender.

—Lo que comprendo es que mi hija no quiso reconocermé porque estaba rodeada de sus *aristocráticos* amigos.

—No, no...



—¿Por qué te fuiste del balcón cuando yo pasé?

—¿Y es esa nuestra recompensa por haber querido darte una buena educación? ¿Así pagas nuestros desvelos?

Mary se echó a llorar...

—Fuisteis vosotros que me obligasteis a ir

al internado... acordaos. Queríais que conociera gente superior, elegante.

—¡Magnífico! ¿Y ahora que te hemos dado esa buena educación, te vuelves contra nosotros? Ahora los padres son muy poca cosa, ¿verdad? ¡Mi hija es de sangre azul! ¡Qué desengaño!

Y fué a ocultar su pena, mientras Nora, maternal, consolaba a su hijita y la perdonaba...

Al día siguiente, Mary, después de suplicar perdón y acusarse de su ingratitud, se reconcilió con su padre. Y como Nora y Dan idolotraban a su hija, pronto Mary volvió a ser la tirana y dueña del hogar...

Sandy había hablado con Mary y encontró bastante cambiado su corazón. Ella le recibió con cierta frialdad como si le pareciera poca cosa el humilde estudiante, comparado, por ejemplo, con Rosendo Halloran, aquel muchacho tan rico. Y Sandy, dándose cuenta de aquella lamentable transformación, fué a contar a su padre su desengaño.

Habían cambiado a Mary. El colegio la había vuelto orgullosa, ansiosa de lujo, de ideales inquietos...

Mary siguió visitando a los Halloran. Y como comprendiera que algún día éstos tendrían que devolverle la visita, quiso que se decorara el interior de la casa.

Y su padre, queriendo contentar a Mary accedió a todo. Llamaron al mismo decorador que había arreglado la casa de los Halloran y

en pocos días dejaron convertida la vivienda en una espléndida mansión de lujo.

Costó mucho dinero el arreglo, ciertamente, pero el Banco seguía facilitando créditos a cambio de pagarés...

Dan, su mujer y Mary despertaron una mañana en pleno renacimiento. Gozaron de las comodidades que proporciona el lujo, vieron el baño, la calefacción. ¡Un primor! ¡Parecía la casa de un personaje!

Y al antiguo contratista no le desagradó aquel lujo inspirado por su hija. Bien se conocía que era una muchacha de mérito.

Para celebrar la inauguración de la nueva casa, Mary preparó una gran recepción.

Comenzaron a enviar invitaciones. La casa se vería llena de gente de alcurnia.

Jack, que conocía por su hijo el nuevo plan de lujo, fué a visitar a su amigo. ¡Ah, diablo! ¡Cuánto gastaba Dan! Los negocios de obras le irían divinamente y le daban para arreglar de modo regio la casa. Ni por un momento sospechó que todo fuera adquirido gracias al crédito del Banco... ¡Hubiera sido una locura!

—Voy a dar una gran fiesta, Jack — le dijo Dan—, para una pandilla de banqueros millonarios y grandes contratistas como yo.

—Vamos, lo celebremos.

—Tú estás invitado, Jack, pero no vayas a enfermarte comiendo, porque todo es gratis.

—Ya sé que estás ganando dinero a juzgar

por el lujo con que has puesto tu mansión, pero no puedes compararte con tus invitados.

—¡Bah! Quien siembra recoge, Jack. Halloran anda en busca de un socio industrial... y él será mi invitado de honor, ¿comprendes? Si logro asociarme con él, he hecho mi fortuna...

¡Si hubiera sabido Jack que el dinero para pagar aquellos gastos estaba garantizado por su firma!

—Pues no faltaré a la fiesta.

—Mary quiere que Sandy venga también... Y tú no te olvides de vestirme, ¿eh?

—No te apures, no iré desnudo...

Y salió un poco cohibido ante tanto esplendor.

*
**

La fiesta de los Mac Fadden empezó temprano, con las pards enyesadas y los invitados almidonados.

Asistieron a la recepción algunas nuevas amiguitas de Mary. Y otras importantes per-

sonas de la barriada, asombradas del lujo y de la nueva residencia.

Jack y su hijo Sandy asistieron desde los primeros momentos. El muchacho aparecía abatido; estaba seguro de que aquel lujo era una valla que iba separándole más y más de ella. ¡El, el humilde hijo de un peluquero!

Dan, de frac y corbata blanca, hacía con su esposa los honores de la casa. Había procurado aprender modales, pero le faltaba la innata tranquilidad de los que no temen alternar en la vida social.

Llegaron los Halloran, con su hija. Mary, que se sentía halagada por todas aquellas gentes, los presentó.

—Papá, el señor Halloran, de quien tanto te he hablado — dijo.

Se saludaron y Dan le miró con curiosidad.

—Su cara no me es desconocida, señor Halloran. ¿Dónde nos hemos visto alguna otra vez?

—¿Usted cree...?

Luego comenzó el baile. Las parejas se enlazaron. Un quinteto pobló el aire de músicas modernas.

Dan y su esposa no podían ocultar su satisfacción. ¡Ver su casa honrada así, de aquella manera por tanta gente!

Llegó Rosendo Halloran y Mary le obsequió con una flor. El pobre Sandy paseaba abatido por el desdén.

Dan no desamparaba ni un momento a Halloran. Ese hombre rico le convenía para sus

futuros negocios. Porque él debía una gran cantidad al Banco y si se asociaba con Halloran podría pagarlo todo.

Jefferson, el director del Banco, invitado a la fiesta, decía admirado a Jack:



Mary le obsequió con una flor...

—Mac Fadden debe haberse vuelto loco para tirar el dinero de esta manera.

—Dan sabe lo que hace — contestó Jack tranquilamente—. Si le cae en gracia a Halloran va a poder dar fiestas como esta cada día.

El director respondió:

—Más si le falla el tiro, tendrá que declararse en quiebra. Pues lo que está gastando ahora es el dinero de nuestro Banco que usted garantizó. De modo que usted es el que paga esta fiesta.

—¿Yo el que pago? ¿Y con mi dinero? ¡Me va a dar un ataque!

Estaban los dos en un rincón de la sala.

Jack, aterrorizado, preguntó:

—Yo creí que era dinero que ganaba ese hombre. ¿Cómo se lo facilitaron ustedes?

—Usted tiene la culpa. Habló de que garantizaría sus pagarés. El debe ya una multitud de dinero, y usted responderá de todo por la carta compromiso que firmó. Fué usted un imprudente, un loco, ya se lo advertí a tiempo.

—Tiene usted razón. ¡Y yo sin sospechar, sin poder pensar en ello! ¡Oh, voy a hablar con ese hombre!

Buscó desorientado, tambaleándose, a Dan Fadden. Este se encontraba hablando en la biblioteca con Halloran y había apurado ya una porción de copas de coñac.

—Ahora te conozco, Halloran — le dijo de pronto—. Tú eras albañil cuando yo trabajaba como peón. Somos dos trabajadores.

Halloran le reconoció también conmovido, y ya no tuvo inconveniente en asociarse con su antiguo compañero. ¡Verse en buena posición desde un origen tan humilde!

Hablaron de las cláusulas del contrato y sa-

lieron al salón. Jack se dirigió a ellos con cara de angustia.

—Dan, Dan — dijo—. ¿Qué es eso que me han contado? ¿Cuánto debes al Banco? ¡Dilo pronto!

Temeroso de que aquellas palabras pudieran comprometerle y creyéndole borracho, Dan contestó, dirigiéndose a Halloran:

—Es mi antiguo criado escocés. Una vez le dieron un duro falso y desde entonces ha perdido la razón.

Y se alejaron de él.

Mary y Rosendo desde una salita contemplaban a los invitados, Rosendo, que había llegado un poco tarde a la recepción y no fué presentado a Dan, dijo al ver de lejos a éste:

—Mire, allí está el viejo con cara de mono que vimos en la manifestación.

Y lanzó una gran carcajada grotesca. Ella se indignó. ¿Negaría a su padre por segunda vez?

—¡Este viejo con cara de mono es mi padre! — protestó indignada.

—¿Su padre? ¡Vamos, Mary, esto no puede ser! ¿Se burla usted de mí? ¡Ay, mi niña!

Y, atrevido, pretendió besarla aprisionándola entre sus brazos. Alguien velaba por la joven: Sandy, que no la había perdido de vista.

Corrió hacia ellos y rápidamente apartó al atrevido joven de Mary, derribándole de un puñetazo al suelo.

—¡Con la música a otra parte! — le gritó

señalándole la puerta—. ¡Afuera los malos caballeros!

El rumor de la lucha atrajo gente y la señora Halloran, viendo a su hijo en el suelo, gritó:

—¡Hijito de mi alma! ¡Ya sabía yo que estábamos entre gente ordinaria! ¡Voy en busca de tu padre y nos vamos!

Llegaron Halloran y Dan.

—Halloran, nos han insultado — dijo la mujer—. ¡Vámonos de aquí!

Y a pesar de las explicaciones de los Dan, la familia Halloran abandonó la casa.

Dan estaba furioso. Aquel Sandy, ¿por qué se había metido en lo que no le interesaba? Mary, al lado de Sandy, parecía buscar una protección.

El director del banco, llamándole aparte, le dijo a Dan:

—Temo que esto sea la ruina para usted y Jack Mac Tavish.

—¿Mac Tavish? ¿Qué tiene que ver ese viejo avaro con mis asuntos?

—Gracias a su garantía pudo usted comprar su casa y pagarlo todo.

—¡El, Jack, pagó por mí! ¡Señor, Señor! — gritó asombrado.

Corrió, desolado, casi sin creer lo que había oído, en busca de su compañero. Este se encontraba en un sillón llorando su amargura. Se acercó a él y le abrazó dulcemente.

—¡Tú y yo en la miseria, Jack... y todo

por culpa mía! ¿Pero es posible? ¿Por qué no hablaste antes de tu noble acción? ¿Quién iba a sospechar que tu garantizaras mis gastos! Pagaré hasta el último centavo, aunque



El rumor de la lucha atrajo gente...

me tenga que pasar la vida colocando ladrillos. Tú no mereces la ruina, Jack. ¡Y yo que te traté siempre mal!

Jack reía y lloraba. La emoción que demostraba su amigo le producía una gran felicidad.

dad. Había sembrado el bien y finalmente reconocían su deuda.

Mientras tanto, Mary había pedido perdón a su antiguo novio:

—Estoy avergonzada de lo mal que os he tratado a todos. ¿Qué puedo hacer para que me perdonen, Sandy?

—Una cosa nada más, dime que me quieres.

Iban a besarse cuando les interrumpió Halloran padre, que acababa de dejar a sus familiares en la calle.

—Joven, ¿fué usted quien le pegó a mi hijo?

Sandy le miró. Bueno, ahora iba a luchar con el padre.

—Yo fuí...

—¡Pues mil gracias! Se lo tiene merecido y quizás le sirva de lección. No puedo hacer carrera de mi hijo.

Marchó Halloran, y al pasar ante Dan y Jack, el primero le llamó.

—Halloran, ¿qué hay de la sociedad? Todo roto, ¿no?

—Vente mañana a mi oficina — le dijo Halloran, sonriente—. Un Halloran no puede rechazar a un Mac Fadden...

Y marchó, y ya juntas las familias Mac Fadden y Mac Tavish, saborearon el triunfo de la amistad.

Dan se acusaba de ingrato. Pero al día siguiente al unirse con Halloran devolvería hasta el último céntimo a Jack, el noble, el santo amigo.

Jack sonreía. No, no iba a perder el dinero. Y si lo perdiese, lo habría dado por la amistad y por el amor. Sandy y Mary se amaban y las dos familias se unirían eternamente...

F I N

Próximo número

La finísima novela

UNA NIÑA A LA MODERNA

por CONRAD NAGEL y EDITH ROBERTS

Sea usted coleccionista de la Biblioteca
«Nuestro Corazón».

Apareció el día 15 el 8.º volumen,

LA PRIMAVERA REFLORECE,

y a fin de mes aparecerá

EL SEÑOR FRANCISCO,

novela original e inédita de FRANCISCO-
MARIO BISTAGNE.

Pida usted a su librero la bella novela

LA CASTELLANA DEL LÍBANO

publicada en las selectas Ediciones Es-
peciales de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

GRAN ÉXITO

en esta misma colección, de

BEN-HUR

y

EL DEMONIO Y LA CARNE,

producciones NON PLUS ULTRA de
la Metro-Goldwyn.

En breve: Acontecimiento. Homenaje a la
memoria de D. VICENTE BLASCO IBÁÑEZ:

LA TIERRA DE TODOS

por Greta Garbo, Antonio Moreno y Roy
D'Arcy.



Ediciones
BISTAGNE